

V.

EL KHAM SIN

Continuamos aun al día siguiente marchando en la misma direccion, es decir, bajando hácia el mar. Hacia mucho distinguíamos ya á Thor á nuestra izquierda; pero á medida que nos aproximábamos, nos parecia perder de importancia la ciudad; al fin, pudimos juzgar que no merecia hiciésemos un rodeo para visitarla. Por tanto, nos dirigimos á la derecha formando con ella un ángulo agudo, y despues de una hora ó dos de marcha sobre la tamizada arena que forma las costas del mar Rojo, volvimos á internarnos en las montañas, y al anocheecer bajamos en direccion de un *ouaddi* delicioso llamado el valle de los Jardines. Palmeras de copas ondulantes y sicomoros de negro follaje, ocultaban bajo su sombra un manantial de agua pura y fresca; este oasis exigia una parada, y colocamos nuestra tienda al pié de un grupo de palmeras.

La noche fué deliciosa; teníamos agua y frescura, esos dos tesoros de que tan avaro es el desierto. Así que despertamos al día siguiente descansados y con vigor, y nos pusimos en camino en una disposicion de espíritu de las mas placenteras. En el instante de partir, nuestros Arabes se

enseñaron unos á otros algunas líneas rojizas que surcaban el Oriente; sin embargo, al parecer no volvieron á ocuparse de ellas, y ya habíamos olvidado aquellos alarmantes síntomas que no obstante no habian fijado nuestra atención, cuando, al entrar en el *ouaddi* Pharan, sentimos pasar por derredor nuestro algunas de esas ráfagas abrasadoras de viento, febriles aspiraciones del desierto. No tardó en hacerse el calor insoportable; la arena, levantada por una brisa insensible, que parecia un vapor de la tierra, nos envolvía en una nube que abrasaba nuestros ojos, y á cada aspiracion nos penetraba en las narices y garganta. Por su parte nuestros Arabes, al parecer, y contra su costumbre, sufrían como nosotros en aquella situacion que debiera serles familiar; cambiaban entre sí breves y entrecortadas palabras, y poco á poco los restos de enemistad de la vispera se convirtieron en una comun preocupacion. Las dos tribus, habiéndose aproximado se mezclaron, los mismos dromedarios parecían buscarse los unos á los otros, galopando con desigual movimiento y sin detener su paso, y prolongando sus cuellos de serpiente de modo que su labio inferior iba rozando suavemente la arena. De vez en cuando daban huidas caprichosas y repentinas, como si la tierra les hubiese abrasado los piés. « Tened cuidado, » decia entonces Tonaleb. Y despues de él repetían los Arabes aquella advertencia, que oía yo sin poder comprender qué clase de peligro nos amenazaba. Me aproximé á Bechara para preguntarle la causa de aquel malestar que sentíamos todos, hombres y animales; pero habia pasado el tiempo de las conversaciones: Bechara cogió por toda respuesta una esquina de su manto, y echándoselo por encima del hombro, se embozó de modo que le cubria la nariz y la boca. Hice lo mismo, y volviendo la vista vi que nuestro ejemplo habia sido seguido por los Arabes, á quienes no se les veía mas que los ojos negros y brillantes, mas negros y mas brillantes todavía bajo sus albornoces y sus capuchas; en fin, pasado un cuarto de hora, nada teníamos ya que preguntar, Franceses y Arabes, sabíamos tanto unos como otros. El desierto nos prevenia

con todas las señales y nos hablaba con todas sus voces : era el *khamzin*.

Nuestra marcha era incierta, porque la arena se levantaba como entre el horizonte y nosotros. A cada momento nuestros Arabes, cuyas miradas no podían penetrar aquel velo de llamas, vacilaban y hacían recodos que denotaban su irresolución. Entretanto aumentaba la tormenta; el desierto se hacía mas y mas borrascoso; entrábamos en surcos de arena agitados como olas, y atravesábamos, al modo que un hábil nadador hiende la oleada, la abrasadora cresta de aquellos montecillos. A pesar de la precaución que habíamos tomado de cubrirnos nuestras bocas con los mantos, respirábamos tanta cantidad de arena como de aire; la lengua se nos pegaba al paladar, nuestros ojos se tornaban extraviados y sangrientos; y nuestra respiración, abrasadora como el estertor, revelaba á falta de palabras, nuestros mutuos sufrimientos. Algunas veces me he encontrado frente al peligro, pero jamás he experimentado una impresión semejante á la que entonces sentía : tal debe ser poco mas ó menos la de un náufrago perdido sobre una tabla en medio de un mar borrascoso. Marchábamos como insensatos, sin saber por dónde, cada vez con mas velocidad y mas tinieblas, porque la nube de polvo que nos envolvía se hacía por momentos mas intensa y abrasadora. Al fin Tonaleb dió un penetrante grito : era una orden de alto. Los dos jefes, Bechara, Araballah, y el Arabe que iba aquel día á la cabeza de la caravana, se reunieron en consejo : eran los pilotos mas experimentados de aquel mar variable en que nos hallábamos desorientados. Todos emitieron sucesivamente su opinión, y á pesar de la situación, ó acaso precisamente por la situación suprema en que nos hallábamos, la emitieron con una sabia moderación y solemne lentitud. En tanto la marejada de arena continuaba bramando. Al fin Tonaleb reasumió todas las opiniones extendiendo los brazos hácia el Sudoeste, y al punto volvió á comenzar la frenética carrera, pero ahora sin vacilación y sin rodeos, siguiendo á los dos cheiks que vista la gravedad de las circunstancias habían tomado

á su cargo guiar la caravana. Marchábamos hácia un punto, mas no nos era dado preguntar á cuál; sabíamos únicamente que si no le hallábamos, éramos perdidos.

Estaba el desierto imponente y sombrío; parecía con vida y palpitante, arrojando bramidos que partían de sus entrañas. La transición había sido rápida y singular; no era ya el oasis de la víspera, el tranquilo reposar al pié de las palmeras, el sueño mecido por el fresco murmullo de la fuente; era la arena inflamada, las bruscas sacudidas del dromedario, la sed devoradora, desesperante, letal; la sed que hace hervir la sangre, que alucina los ojos, y enseña al desventurado á quien abrasa, lagos, islas, árboles, fuentes, sombra y agua. Ignoro si sucedía á los demás lo que á mí; por mi parte, era presa de una verdadera enajenación, de un sueño, un delirio sin fin, que se plegaba á toda la fantasía de mi imaginación desbordada. Alguna vez nuestros dromedarios se tendían, excavaban con sus bellos la ardiente arena para buscar por bajo de su superficie algo de frescura; en seguida se levantaban febriles y anhelantes, como nosotros, y volvían á emprender su fantástica carrera. No sé cuántas veces se renovaron aquellas caídas, ni cómo fuimos bastante dichosos para no perecer aplastados bajo el peso de nuestros haghins ó sepultados en la arena; de lo que me acuerdo es que apenas caíamos, allí estaban junto á nosotros Tonaleb, Bechara y Araballah, veloces y compasivos, pero mudos como espectros, levantando hombres y camellos, volviéndose á poner en camino, silenciosos y envueltos en sus mantos. Durára una hora mas aquella tempestad, y estoy convencido de que todos quedábamos sepultados. Pero de repente pasa una ráfaga de viento despejando el horizonte como si á nuestros ojos se levantase el telón de un teatro : ¡ El Mokatteb ! exclama Tonaleb ; el Mokatteb ! repitieron todos los Arabes. En seguida la arena se levantó de nuevo entre nosotros y la montaña ; pero Dios, como para volvernos las fuerzas, nos había enseñado el ansiado puerto. ¡ El Mokatteb, el Mokatteb ! repetíamos nosotros sin saber que era el Mokatteb, pero adivinando que era el puerto,

la salvación, la vida. Cinco minutos despues, nos deslizábamos como serpientes, en una caverna profunda, pero cuya estrecha boca dejaba paso á muy poca luz y poco calor, mientras nuestras acémilas arrodilladas, vuelta la cabeza y extendido el cuello hácia la roca, habian ya caido en una inmovilidad que les hacia semejar, con su piel gris cubierta de arena, á camellos de piedra. Nosotros, sin cuidarnos de tienda, alfombra, ni comida, nos tendimos mezclados, presa á la vez de un aletargamiento y un delirio, término medio entre el sueño y el coma de la fiebre; despues sin hablar, sin dormir, sin movernos, permanecimos allí hasta el dia siguiente por la mañana, tendidos boca abajo, como estatuas derribadas de su base.

Continuaba la tempestad, y la oíamos rugir á lo exterior; sin embargo, poco á poco cesaron sus mugidos. Al medio dia habia perdido casi toda su fuerza, y la tocaba su vez de pasar por el estertor tocando en su agonía. Hacia treinta horas que no habíamos comido; volvíamos á la vida desperatados por el hambre; la sed no nos habia abandonado. Abdallah se levantó y dispuso el almuerzo. En tanto los Arabes buscaron un manantial por todos los senos de la caverna, pero en vano; era preciso contentarse con el agua envenenada de nuestros odres. Tristes y sombríos, hacíamos nuestra comida seca de arroz y dátiles, cuando Mohammed entró con el aspecto compungido que le era familiar cuando tenia que hacer una peticion. Los Arabes, segun su costumbre, nada llevaban consigo, y la escolta se habia duplicado. Dividimos entre treinta el almuerzo que Abdallah calculó haber hecho para tres, pero al que sin duda, previendo el caso, habia añadido algo; cada Arabe recibió el arroz que le cabia en el hueco de la mano, y un dátil; verdad es que nosotros no comimos ya mas.

Al tercer dia cambió el viento, y á pesar del aspecto alarmante del cielo, abandonamos la caverna del Mokatteb, porque conocíamos que con el aumento de bocas no nos permitian nuestras provisiones detenernos en el camino. Cuando volvimos á salir á la luz, nos miramos y horrori-

zamos mutuamente; hasta tal punto nos parecíamos á espectros. La prueba de aquellos tres dias estaba profundamente grabada en todas las fisonomias: teníamos los ojos empañados y vidriosos, la piel seca, la respiracion era anhelante, el cuerpo enteramente encorvado. No tardamos en ver el mar; y como nuestro camino nos conducia breve tiempo por sus costas, los Arabes se dirigieron á él corriendo para llenarse de agua la boca, y volvieron á echársela en las narices á sus dromedarios, con lo que les volvió á estos todo su ardor inmediatamente. Tenia deseo de bañarme, pero no me atrevia por el temor de no poder resistir al deseo de beber. Por lo demás, por salobre que fuese el agua del mar, de seguro no me hubiera parecido mas fétida é im potable que la de nuestros odres.

Al anocheecer hallaron al fin los Arabes una cisterna. Mas temiendo que nuestro immoderado deseo de beber aquella agua helada despues de tan prolongado ayuno y tan rudo calor, fuese nocivo á nuestra salud, levantaron la tienda, á alguna distancia del manantial, y pocos instantes despues Bechara volvió con las calabazas llenas. Produjo esto una gran alegría, y excitó nuestro apetito para cenar. Por lo demás, parecia que el agua tenia una virtud aperitiva, y que producía el mismo efecto en nuestros Arabes, porque durante la noche comieron todo el azúcar y el resto del michmich para aumentar sus raciones. En cuanto á los dátiles, habíamos comido los últimos en la caverna del Mokatteb.

Nos apercibimos de la sustraccion al dia siguiente al almorzar, en el que Abdallah no nos sirvió mas que sus infames galletas, que jamás comíamos, pasas y café. Pedimos otra cosa; entonces nos confesó la verdad. La felicidad en medio del peligro pasado, y la certeza de que habia sido preciso que nuestros hombres se vieran acosados de una apremiante necesidad para entregarse á aquel saqueo, nos hicieron n enos severos: nuestra indulgencia produjo sus frutos. Por la noche, despues de haber comido con nosotros el resto del arroz, que á la verdad no era considerable, acabaron el café y las pasas.

Al día siguiente nos pusimos en camino con un tiempo depejado; Tonaleb dió la señal de la partida poniendo su dromedario al galopé. Le imitamos, y durante seis horas caminamos á todo escape, sin poder adivinar la causa de aquella velocidad. Al fin, á eso del medio día divisamos las fuentes de Moisés, donde habíamos hecho un alto al ir; redoblaron los dromedarios su rapidez aspirando de más de una legua su fresca emanacion. En cuanto llegaron á las palmeras se arodillaron; los Arabes levantaron la tienda con una actividad y apresuramiento que no habia visto en ellos hasta entonces; cinco minutos despues tuvimos la explicacion de su celo y complacencia: no teníamos ya absolutamente nada que comer: dátiles, azúcar, michmich, café, pasas, todo lo habian devorado. Decidímonos entonces á arrojarlos sobre aquellas desventuradas galletas que habíamos despreciado la vispera; pero la repugnancia que nos causaban no se habia escapado á nuestros guías, y mientras dormíamos habian puesto el resto de la harina sobre las brasas. Felizmente teníamos agua en abundancia: nos bebimos cada uno una bota llena, y en seguida nos pusimos sin perder tiempo en camino, por mas que tuviésemos deseo y necesidad de descanso; lo crítico de nuestra posición nos habia vuelto las fuerzas, era preciso llegar al paso del mar Rojo á hora oportuna, so pena de ayunar todo el día y toda la noche. Los dromedarios eran de acero, y como el sol de Luis XIV, adquirian fuerzas caminando. Habíamos andado doce ó quince leguas por la mañana, y una mitad mas desde las dos de la tarde hasta las cinco. Por fin llegamos al pasaje rendidos, anhelantes; era demasiado tarde: las aguas estaban en su mayor altura.

La situacion no era de color de rosa, porque allí no teníamos ni aun agua; con la esperanza de llegar á tiempo y con la seguridad que nuestros Arabes, deseosos de no desesperarnos, nos habian dado, no habíamos pensado en llevar agua de los manantiales, de modo que materialmente nos moríamos de sed y de hambre. Si el sol hubiese estado en toda su fuerza, hubiésemos padecido la rabia; en fin, Be-

chara, viendo nuestra afliccion, nos dijo que algunas veces habia á la otra orilla un batelero; disparando un pistoletazo al aire, que era la señal, probablemente iria por nosotros. No habia acabado de decirnos esto y ya habia hecho yo fuego; esperamos diez minutos con ansiedad, y vimos con pena que no habia sido oido. Entonces Mr. Talor mandó hacer un fuego de peloton con todas nuestras armas. Esta vez coronó la ejecucion un éxito completo; vimos la bienhechora embarcacion destacarse de la ribera y deslizarse sobre las olas. Un cuarto de hora despues abordaba á la orilla en que esperábamos; nos lanzamos al punto en la barca haciendo seña á Abdallah y Mohammed de que nos siguieran. Los Arabes quedaron para guardar los equipajes; pero nuestro primer cuidado al desembarcar fué enviarles á Mohammed con provisiones; nosotros nos encaminamos hácia Suez con toda la fuerza que nuestro estómago habia dado á las piernas. Por fin llegamos sin dejar de correr á casa de Mr. Comanouli, quien nos recibió con los brazos abiertos y nos dió la habitacion de Bonaparte. Debo confesar para vergüenza nuestra que entramos en ella preocupados de muy diferente modo que habíamos estado la primera vez que atravesamos sus umbrales. Verdaderamente teníamos necesidad de alguna cosa mas instintiva que recuerdos por muy gloriosos que fuesen. Mr. Comanouli tuvo la bondad de anticiparse á nuestros deseos; verdad es que me parece que por nuestra parte le excusamos la mitad del camino; el hecho es que nos improvisó una cena por la que nos pidió mil perdones y de que nosotros le dimos mil gracias.

Terminada la colacion nos aproximamos á la ventana; daba al puerto de Suez y se gozaba con delicia de la frescura del mar. Nuestra velada se prolongó hasta muy entrada la noche; porque por grande que fuese la necesidad física que nos aquejaba de descansar, las emociones que habíamos experimentado, los peligros de que acabábamos de escapar, nos tenían en vela. Se presentaron á nuestra imaginacion nuestros nocturnos pasados con sus diversos inci-

dentes; el desierto con sus chacales y hienas, sus huellas de lagartos y serpientes, un sol devorador y su mortífero *khamzin*, no era ya más que un recuerdo, pero un recuerdo vivo que, por decirlo así, tocábamos todavía con la mano, y por más próximos que á él estuviésemos se presentaba ya á nuestra imaginación con toda su poesía y toda su magnificencia. Después la distancia y el tiempo no han hecho más que engrandecer aquellos recuerdos: y en ocho años de intervalo todas las emociones suaves y terribles de aquella maravillosa peregrinación han permanecido tan palpitantes en mi corazón que no vacilaría, si se presentase una ocasión de volverlos á experimentar, el comprarlos aun al precio de las mismas fatigas y de los mismos peligros.

VI.

EL GOBERNADOR DE SUEZ.

Al día siguiente nuestra primera visita fué para el gobernador de Suez; parecía que le habíamos sido recomendados con eficacia, ó que nuestra amabilidad le había dejado un recuerdo de los más agradables, porque la acogida que nos hizo fué verdaderamente fraternal. Apenas habíamos entrado, nos presentaron en las mismas vasijas de plata aquella famosa agua que tan frecuentemente había sentido no tener durante las tres semanas que acabábamos de pasar buscando algo que se le pareciera sin haber podido encontrarla. Después del agua tocó su vez á la pipa y al café, y después de la pipa y el café á la narración de nuestras aventuras.

Decía yo y repetía Mohammed, lo cual me permitía seguir en la fisonomía voluptuosa y grave del pachá las impresiones que en él causaban los diferentes sucesos de nuestro viaje. La superchería del padre de la Victoria pareció divertirle mucho; pero lo que más me admiró fué la especie de placer con que acogió la declaración bien inocente y desinteresada que le hice del hurto cometido por nuestros Arabes. Al llegar á esto me hizo repetir dos veces el episodio del

michmich, del azúcar y del café; en seguida preguntó el resultado con un rostro tan alegre que era evidente había tenido un grandísimo placer con la traducción de mi prosa. Esto me dió una altísima idea de su gusto y el sentimiento muy sincero de que no pudiese apreciar el texto original. Cuando terminé nuestra odisea, hizo el gobernador nos llevasen agua, y exigió nuestra promesa de comer con él. No teníamos ningún motivo para negarnos á aquella invitación; aceptamos, pues, después de habernos resistido únicamente el tiempo conveniente. Fuimos á dar una vuelta por la ciudad y volvimos á la hora convenida.

Al atravesar el patio interior del pachá, observamos que para obsequiarnos, había desplegado cierto aparato militar. Todo estaba en movimiento en el palacio, servidores, esclavos, eunucos. Nos introdujeron en una gran sala cuadrada donde nos esperaba, sentado á la oriental en un ángulo del diván. Después de los saludos de costumbre, que nuestro buen intérprete Mohammed tradujo en cuanto á las palabras, porque los gestos comenzábamos á ejecutarlos bastante bien, llevaron una gran bandeja de plata que depositaron en el suelo. Nos levantamos al punto y fuimos á sentarnos al rededor. Entonces un esclavo entró con jarrones y aguamaniles de plata, y nos dió con que lavarnos. El pachá pidió agua dos veces; jamás había visto un Turco que llevase tan lejos la limpieza.

La bandeja contenía cuatro fuentes de plata cubiertas con tapaderas del mismo metal, de una ornamentación un poco tosca, pero rica. La una encerraba el arroz cocido de rigor con su gallina en medio; la segunda un guisado de pimientos cuya composición no podía adivinar; la tercera un cuarto de cordero, y la cuarta un pescado. Pusimos atrevidamente la mano en el plato, guardando aun entre nosotros cierto orden jerárquico, y comenzamos por partir la gallina. Por lo que hace á la parte de líquidos del festín, cada uno teníamos á nuestro lado una botella de nuestra agua favorita, y no conozco vino que le hubiese preferido en aquel momento.

De la gallina pasamos al guisado. Aquí el servicio era más fácil todavía; la carne del animal que nos presentaban había sido cortada de antemano en pedazos. Cada pedazo nos servía de cuchara para coger cierta cantidad del guiso. Pero nos encontramos con que lo que habíamos tomado por carne era una legumbre cualquiera. En suma, aquella comida hubiese sido muy mediana para parisienses; pero para nosotros que nos habíamos convertido en verdaderos hijos de Ismael, era excelente.

Después del guiso tocó su turno al cuarto de cordero. Observamos, por la demostración con que acogió el gobernador este nuevo plato, que para trinchar, pertenecía á la escuela de Tonaleh y Bechara. Extendió los dos brazos, cogió con una mano el pedazo é hincó el dedo en la carne que se desprendió del hueso con una facilidad que parecía cosa de encantamiento. Por esta vez no intentamos seguir su ejemplo, seguros de que saldriamos mal con vergüenza nuestra. Pedimos al gobernador el permiso de sacar nuestros puñales, á fin de que un movimiento inesperado no le asustase demasiado, y concedido el permiso, nos pusimos á dividir la carne con las hojas.

Quedaba el pescado, y aquí nos esperaba una de las más rudas pruebas por que hemos pasado en nuestra vida. El cetáceo cuyo nombre ignoro, estaba lleno en su interior de un número espantoso de espinas, de modo que á los primeros bocados conocimos que era preciso tomar precauciones preparatorias, si no queríamos perecer estrangulados. Comenzamos pues cada uno una detenida investigación del pedazo que teníamos delante, á fin de quitarle los cuerpos dañosos; viendo lo cual el gobernador, que había tragado su ración sin cuidarse al parecer de las espinas, mandó le diesen otro trozo de pescado en una fuente de plata, cortó con la mano derecha un pedazo que colocó en la mano izquierda, comenzó á extraerle las espinas desde la mayor hasta la más pequeña, unió á esta primera preparación pan desmigado en cantidad casi igual, añadió algunas especias, arrolló todo dándole la forma de una albondiguilla del ta-

maño de un huevo, colocó la albondiguilla en una fuente de plata, hizo seña al esclavo de que la llevase á Mr. Taylor, é incontinentemente se puso á ejecutar una segunda edicion de la misma obra. La idea de que aquel agasajo era para mí me dejó parado, y conocí que con gran trabajo podria acabar aun lo que tenia en mi plato. Vió el gobernador mi detencion; creyó que aguardaba me llegase el turno, y se apresuró mas, pero, preciso es hacerle justicia, sin dejar de emplear un minucioso cuidado. Terminada la obra, me envió el fruto de su trabajo; era una albondiguilla muy linda, del tamaño de un albaricoque próximamente. La tomé inclinándome, y como para admirar la perfeccion con que estaba redondeada, la examiné, esperando un momento en que el gobernador volviese la vista á otro lado, y recordando durante aquel intervalo todas mis nociones de escamoteo, á fin de tragármela como el payaso se traga los cuchillos. La astucia me salió bien. El gobernador, infatigable en sus obsequios, se dedicó inmediatamente á la albondiguilla destinada á Mayer, y absorto en aquella operacion, que ejecutaba como verdadero artista, no observó que la mia en lugar de entrar en mi boca habia pasado á mi manga, y de mi manga al chaleco. En cuanto á la de Mr. Taylor, me fué imposible saber lo que habia sido de ella, y siempre he sospechado la habia digerido cortesmente.

Para Mayer era la posicion sumamente despejada. Despues de él á nadie habia á quien servir, de modo que todos los ojos le habian tomado como blanco de sus miradas. Por tanto tomó su partido como un bravo, y tragó con toda lealtad de un golpe la albondiguilla con peligro de ahogarse, lo cual le honró mucho á los ojos del pachá, quien tomó por celo lo que no era mas que el deseo de concluir cuanto antes con aquel singular trabajo de pasteleria.

El segundo servicio se componia de tortas, dulces y sorbetes, preparados por las mujeres del gobernador, todo de un aspecto muy halagüeño, pero de un gusto bastante mediano, gracias á las extrañas mezclas que constituyen la base del ramo culinario turco.

El pachá, que durante toda la comida habia estado sumamente contento, se mostró mas alegre todavía á los postres. Nos volvió á hablar de nuestro viaje, nos pidió nuevos detalles acerca del modo cómo habiamos sido arrebatados por el padre de la Victoria, de la tribu de Onaleb-Saide, y nos hizo le refiriésemos segunda vez cómo se habian unido raptos y robados para comerse nuestro azúcar y beberse nuestro café; acto continuo, así que terminé de hablar: — Ahora, dijo, levantémonos, y vamos á ver cortar las cabezas de todos esos bandidos.

Creimos haber oido mal, y dijimos á Mohammed nos lo repitiera; pero por la estupefaccion de nuestro huésped, por su modo de balbucear repitiéndonos la proposicion del gobernador, conocimos que nuestro huésped habia tomado la cosa muy por lo serio. Mr. Taylor, como jefe de la caravana, se levantó y suplicó al pachá, que habia dado ya algunos pasos hácia la ventana, que tuviera á bien oírle. El gobernador se volvió hácia él, y respondió que tendria un grandísimo placer en oír lo que tuviésemos que decirle, y que en cuanto se verificase la ejecucion, estaba á nuestra disposicion. Hizole observar Mr. Taylor que precisamente con motivo de la ejecucion tenia algunas objeciones de conciencia que someter á su juicio. El gobernador hizo un cumplido gracioso y se preparó á escucharle, no sin dirigir todavía una mirada hácia la ventana, cómo para decir al orador: Terminemos pronto, que nos esperan para empezar la representacion.

Entonces Mr. Taylor, con gran admiracion del gobernador, tomó la defensa de la causa de nuestra comitiva; hizo presente al pachá que aquellos pobres diablos, muriéndose de hambre, eran muy dignos de disculpa por haberse comido algunas de nuestras provisiones. Por otra parte, aquella pequeña falta de fidelidad no habia tenido mas resultado que hacernos ayunar veinte y cuatro horas, mientras que si no la hubiesen cometido, seguramente se hubieran muerto de hambre: en cuanto á la estratagema del padre de la Victoria, de tal modo entraba en las costumbres árabes, que en

nosotros estaba no habernos dejado coger. Por otra parte, no habia tenido otra consecuencia que darnos una escolta mas numerosa y por lo mismo mas segura. Suplicaba, pues, con instancia al pachá, no insistiese en el castigo.

Respondió el gobernador que lo que Mr. Taylor habia dicho, al hablar de las costumbres árabes, era exactamente la verdad, y probaba que habia estudiado el país como buen observador; aquel mismo hecho, era de su deber confesarlo, se habia renovado ya muchas veces, pero en viajeros comunes, miserables pintores ó pobres sabios, gente que no merecian la pena, segun el pachá, de que nadie se ocupara del modo como habian sido tratados. Pero con respecto á nosotros, la cosa era muy distinta: éramos embajadores del gobierno francés acreditados cerca del virey de Egipto, y especialmente recomendados á todos los gobernadores por Ibrahim Pachá. Nos debia, pues, entera y completa justicia; por tanto nos invitaba de nuevo á que nos acercásemos á él para ver degollar á los culpables. Esto diciendo, dió un paso hácia la ventana.

Vimos que habia tomado con tanta seriedad darnos aquella prueba de consideracion, que comenzamos á temblar por nuestros pobres compañeros de viaje. Nos levantamos, y unimos nuestras instancias á las de Mr. Taylor. El gobernador haciéndose violencia al parecer, nos hizo seña de que nos tranquilizásemos, mandó que le presentasen los culpables, y nos invitó á sentarnos á su lado. Cinco minutos después se presentaron nuestros buenos amigos, yendo delante Tonaleb y Abou-Mansour, siguiéndoles Bechara y Araballah, y tras estos todo el comun de los mártires, escoltados por unos treinta soldados, con sable en mano.

Tonaleb y Bechara nos dirigieron al entrar una mirada de reconvenccion que nos llegó al corazon. Les hicimos seña de que se tranquilizasen; gran necesidad tenian de ello, porque temblaba todo su cuerpo, y estaban tan pálidos como lo permitia su atezado cutis. El hecho es que después de tres horas que hacia estaban arrestados sin que nadie nos hubiese informado de ello, habian sabido por sus guardas

la suerte que les estaba reservada; de modo que reconociéndose culpables en el fondo de su conciencia, y perfectamente instruidos del modo sumario y sin compasion con que procedia la justicia turca, se consideraban ya decapitados, con tanta mas razon, cuanto que creyendo que la acusacion provenia de nosotros, estaban lejos de esperar nuestra intercesion; la amistosa mirada que les dirigimos cuando entraron, por mas tranquilizadora que fuese, al principio era para ellos completamente ininteligible.

Cuando estuvieron colocados en círculo á nuestro rededor, les miró un instante en silencio el gobernador, con tan terrible mirada, que los desgraciados perdieron al punto la débil esperanza que les habíamos hecho concebir; enfin, cuando los vió suficientemente abatidos y arrepentidos: — Miserables hijos del Profeta, que habeis faltado á todos vuestros deberes para con aquellos que se habian confiado á vosotros, les dijo, nuestra primera intencion fué haceros cortar la cabeza por vuestro crimen; pero ablandado por las instancias que acaban de hacernos el enviado del sultan de Francia y los honorables Europeos que le acompañan, os perdonamos de la pena capital. Pagareis recibiendo cada uno cincuenta palos en las plantas de los piés. Idos.

Aun no era aquello precisamente lo que deseaban los Arabes; mejor querian los palos que la decapitacion; pero era evidente que hubiesen preferido á las baquetas, su completo perdon; felizmente para ellos, éramos en un todo de aquella opinion. Mr. Taylor hizo, pues, un movimiento para indicar que permaneciesen allí todavía un momento, y volviéndose hácia el gobernador, admirado de nuestra obstinacion, le expresó en nuestro nombre y el suyo toda su gratitud por la amable acogida que habíamos recibido de él. Le afirmó además que era tan grande aquel reconocimiento que no teníamos necesidad alguna de la nueva gracia que queria hacernos á expensas de las plantas de los piés de nuestros Arabes. Por tanto le suplicó los absolviese generosamente de todo castigo atendido á que, si habian faltado á su estricto deber aquellos hombres impulsados por

el hambre, en otras mil ocasiones habian pasado consu celo y adhesion los límites de lo que por nosotros se habian comprometido á hacer; que por otra parte, teniendo en cuenta los servicios que nos habian prestado, no los mirá-bamos como guias á quienes se ha prometido un sueldo, sino como amigos que tienen derecho á participar de lo que nos pertenece. Conociendo nuestros sentimientos, habian obrado con arreglo á ellos; su única culpa consistia en haber tomado su parte sin tener cuidado de que no habia quedado nada para nosotros; pero esto era un error y no un robo. Y como todo hombre que se engaña y confiesa con franqueza su error es disculpable, pedia que la amnistia fuese concedida sin restricciones y que despues de haber salvado su cabeza obtuviesen gracia para sus piés; añadió Mr. Taylor, que este era, por lo demás, no solo su deseo sino tambien el de los otros dos Europeos que le acompañaban, como podia asegurarse de ello el gobernador si nos permitia unir nuestras súplicas á las suyas.

Volvióse el gobernador hácia nosotros con aire de duda; pero vió en nuestras suplicantes miradas, todavía mas que en nuestras palabras, la verdad de lo habia dicho Mr. Taylor, y permaneció un instante sin respondernos, indeciso y reflexionando, como si buscase la solucion de un problema imposible de resolver. En tanto los Arabes habian seguido la traduccion del discurso de nuestro amigo con la expresion del mas vivo reconocimiento, acompañando cada palabra misericordiosa con movimientos en apoyo suyo: en consecuencia se arrodillaron, y tendiendo los brazos hácia el perplejo juez, hicieron coro de súplicas y plegarias. Al fin nos miró el gobernador por última vez como para preguntarnos si decididamente queríamos perdon amplio y completo para los culpables, y encontrando en nuestra voz, en nuestras miradas y en nuestros gestos la misma expresion que ya habia leído, se volvió hácia sus soldados y con un suspiro les hizo seña de que se retirasen; los soldados obedecieron. En cuanto á Tonaleb y al padre de la Victoria, les dirigió, en su cualidad de cheik, una larga amonesta

cion, de la que no comprendimos otra cosa sino que eran muy dichosos en haber tenido ámos tan indulgentes como nosotros. Terminado aquel discurso con la conveniente dignidad, nuestros Arabes se retiraron en silencio y sin pedir mas.

Nosotros expresamos al gobernador toda nuestra gratitud por su buen proceder, y le aseguramos que si volvíamos á pasar por Suez, nuestra primera visita seria ciertamente para él. Nos dió gracias á su vez por nuestras buenas disposiciones, y nos hizo prometer que le escribiríamos desde el Cairo cómo se habia conducido nuestra escolta con nosotros el resto del viaje. Arreglado este doble convenio, nos despedimos de él.

A los diez minutos de habernos separado de su palacio, y al volver la esquina de la primera calle, encontramos á nuestros Arabes que nos esperaban. Desde que nos vieron se precipitaron á coger nuestras manos, que besaron con una efusion que no dejaba duda alguna acerca de su gratitud. Estas reconocidas demostraciones iban además acompañadas de promesas de una adhesion inviolable y á toda prueba. Lo que sobre todo les enternecia era, no que hubiésemos intercedido por sus cabezas, sino que hubiésemos resistido al placer de ver dar de palos, lo cual era á su parecer un espectáculo de los mas interesantes y curiosos. No obstante, pasados los primeros momentos de efusion, nos propusieron partir sin detencion. La clemencia del gobernador les habia parecido tan poco natural, que no se fiaban en ella del todo. Nos informamos entonces á dónde debíamos ir á tomar los dromedarios. Estaban ensillados y cargados, y nos esperaban en el camino del Cairo. Apenas habian salido del palacio los Arabes, cuatro habian partido para prepararlo todo, de modo que podíamos salir de Suez en el mismo instante. Comprendimos la diligencia de nuestros Arabes y los seguimos riendo. Efectivamente, en la puerta occidental de la ciudad encontramos nuestros dromedarios; montamos al momento y como por encanto. Nuestros Arabes no dejaron ni siquiera que se arrodillasen

las cabalgaduras; treparon por ellas corriendo como lo habia visto hacer á Bechara al salir del Cairo; y una vez encima, Tonaleb y Abou-Mansour, unidos fraternalmente en lo sucesivo por el peligro comun que habian corrido, se pusieron á la cabeza de la columna, y la imprimieron un movimiento de galope, con ayuda del que en menos de dos horas pusimos diez leguas entre el gobernador de Suez y nosotros, de quien jamás creían estar bastante lejos.

No obstante, como la noche habia llegado mientras corriamos las dos últimas leguas, nos era indispensable hacer alto. En un momento se colocó nuestra tienda. Los Arabes estaban alegres y diligentes como no los habiamos visto jamás; Bechara sobre todo, tenia una hilaridad que llegaba hasta la locura; corría y daba brincos sin motivo, como para asegurarse de que sus piernas no habian experimentado ninguna desgracia, y ya hacia largo tiempo nos habiamos retirado á la tienda, y todavía le oíamos hablar con una volubilidad que descubria la febril emoción que habian dejado en él los sucesos del día.

Al siguiente nos pusimos en camino al amanecer; seguimos como lo habiamos hecho al ir del Cairo, la línea de esqueletos: una armazon de dromedario, todavía con algunos pedazos de carne, y de junto á la que se escaparon á nuestra aproximación dos ó tres chacales, nos indicó habia pasado una caravana despues de nosotros, que habia pagado su tributo al siniestro camino. Pasamos bajo el árbol del desierto sin detenernos, plantamos las estacas de nuestra tienda en medio del bosque petrificado; el terror de la vispera habia trastornado todas las costumbres topográficas de nuestros Arabes. Por lo demás, la jornada habia sido trabajosa; habiamos andado lo menos veinte leguas sin descansar masde una hora.

Nos internamos en el camino tortuoso y difícil del Mokkatan antes que se levantase el sol; apareció este por el horizonte cuando llegábamos á la cumbre de la montaña, y el resplandor de sus primeros rayos se reflejó en las doradas cúpulas del Cairo. Saludamos á la populosa ciudad erizada

toda de madenehs, toda cubierta de cúpulas, y el inmenso horizonte en que se destaca, con la alegría del regreso. En la cima mas elevada de la montaña hicimos un alto de diez minutos para abarcar todos los detalles de aquella vista maravillosa, mas espléndida todavía al salir el sol que á ninguna otra hora del día; luego, como si nuestros haghins hubiesen adivinado nuestra intención, apenas llegaron á la vertiente oriental del Mokkatan, se lanzaron al galope, y en escaso tiempo recorrieron el espacio que nos separaba de la tumba de los califas. De aquí al Cairo no hay mas que un paso. Entramos ahora en la ciudad triunfantes y sin temor de que nuestros dromedarios nos jugasen malas pasadas. Nos habiamos hecho consumados jinetes, y con nuestros trajes árabes y nuestros rostros tostados por el sol, era realmente difícil reconocernos como cristianos. A las diez estábamos en casa de Mr. Dantan, vice-cónsul de Francia, quien al parecer se admiró de vernos sanos y salvos. Hizo avisar al punto á los rehenes de la tribu de Onaleb-Saide, los cuales, aunque menos expansivos que él, tambien parecieron muy satisfechos de volver á vernos todos completos y gozando de buena salud: se recordará que sus cabezas respondian de las nuestras.

Inmediatamente despues de los primeros momentos concedidos al placer de volver á ver un compatriota, y encontrarse, por decirlo así, en Francia, era preciso pensar en los negocios. El arreglo amistoso hecho al pié del Sinái entre Tonaleb y el padre de la Victoria, consistia en repartir entre sí el precio de la vuelta. Para no privar á nuestros fieles amigos del ornal que tan lealmente habian ganado, decidimos ser nosotros los que abonásemos la diferencia. Dimos además á cada uno de nuestros guias un batchis tan considerable como nos lo permitia nuestro estado financiero, lo que hizo nos separásemos, prometiéndonos ellos conservar eterna memoria nuestra, prometiéndoles nosotros volver algun día. No sé si algun día podré cumplir mi compromiso con ellos; pero de lo que estoy seguro es de que ellos se han mantenido en el suyo respecto á